

toro iba de nuevo á fundar la ciudad como el fundador para fundar la antigua Roma cuadrata... Marcos habia llevado la simbólica... sal arco un toro gigantesco... pañamiento fué tan... que, al llegar á la... jandro VI y... sentido.

La ascensión... del nepotismo. Sin... a las fundamentales tradiciones... sus hijos y ponía con todo desenfado... política. Los ideales eternos apenas cabían en... la tierra, donde habia puesto todos sus intereses y... concentrado todos sus pensamientos este jefe visible de una... espiritualista. Nada le parecia bastante para sus hijos. Al mayor de ellos, don Pedro Luis, le recabó del Rey de España el título de duque de Gandía; y muerto, traspasóle este título al segundo ó sea á don Juan. Estudiaba en Pisa don César; y en cuanto se supo la muerte de Inocencio VIII, se trasladó á Roma, esperando el triunfo de su padre, que el día mismo de su coronación le dió el arzobispado de Valencia. En setiembre, y en uno de los primeros consistorios, nombró á su joven sobrino el obispo de Monreal para el cardenalato de Santa Susana. La invasión de la familia en Roma tomó tales proporciones que en noviembre de 1492 contábanse mas de treinta Borgias en los altos cargos civiles y eclesiásticos. Pero la preferida de toda su prole era la hija única, la hermosa... que con solo tener doce años en la época de la exaltación del Papa estaba ya prometida en casamiento á un gentil-hombre valenciano. Y para ser esposa para la hija de un Papa la mano de un noble español... por consejo del cardenal Ascanio, que tanto contribuyera á su elección... perteneciente á real familia. En cuanto á don Juan, Benigno de sus hijos, preparábase para un gran puesto en el reino de Nápoles. Así la obra, que debía coronar la cima moral del mundo católico, servía de escalón á las plantas de los hijos adultérinos de una oscura Vizcaina.

L. ROCA D<sup>o</sup>COPIA SACADA DE LA GALERIA DE S<sup>o</sup> PABLO EN ROMA

J. PUNZI SOULT

Alexandro VI

Por este tiempo comenzó el gran drama de la invasion francesa en Italia. Y las causas de esta invasion merecen contarse, porque, no solamente se relacionan de un modo estrecho con el Pontificado que historiamos, sino tambien con la política y con la predicacion de Jerónimo Savonarola. El príncipe Luis Esforza de Milan, llamado el Moro, habia destronado á su sobrino Galeazzo Esforza, y recludo en una cárcel de Pavía. Galeazzo estaba casado con una princesa de Nápoles, llamada Isabel, que conjuraba continuamente á su familia para que los acorriese y los salvase. El Rey de Nápoles, por consiguiente, se habia indispuerto con el usurpador de Milan; y el usurpador de Milan, para contrastar al Rey de Nápoles, habia comenzado por granjearse la amistad del Papa Alejandro VI, y además de la amistad de Alejandro VI, la terrible invasion de Carlos VIII. Al fin se proclamó una liga de los príncipes italianos y de los Estados favorables al duque Esforza, á pesar de haberla querido impedir á toda costa el Rey de Nápoles demostrando al Papa con matemática demostracion cuán funesta podia ser la division de sus potentados á la independecia, á la libertad, á la unidad de Italia. Y en efecto, puestas de un lado la gran potencia monárquica del Norte, Milan, y de otro lado la gran potencia monárquica del Mediodía, Nápoles; inclinada Génova siempre á dividirse y separarse de Venecia; rivales irreconciliables las ciudades entre sí mas próximas como Pisa y Florencia; no solamente se corria el peligro de encender la guerra civil en cada una de aquellas regiones, sino de llamar y traer al seno de Italia el extranjero, que, envidioso de tanta gloria, queria hacerla su jardín, su Academia, su palacio, su serrallo, buscando un rayo de luz en su cielo y un rayo de inmortalidad en su historia. Nada pudo conseguir el Rey de Nápoles. Luis el Moro dominaba por completo al cardenal Ascanio; y el cardenal Ascanio dominaba por completo al Papa Alejandro. Como quiera que Ascanio contribuyó en primera línea á su eleccion, Alejandro no queria separarse de él, tanto mas cuanto que se encontraba cara á cara con dos cardenales irreconciliables enemigos suyos, con el cardenal Médicis y el cardenal Rovere, los cuales servian intereses bien diversos al interés de los Borgias. De esta suerte se cambiaban los destinos del mundo, se removia la faz de Europa, entraba el extranjero en Italia, salia de Italia la libertad, y se forjaban las abrumadoras cadenas ceñidas á la gran nacion y que hemos

visto rotas con tanto esfuerzo y por tan milagrosa manera á nuestros mismos ojos en este gran siglo, que si no tuviese otros títulos á la inmortalidad, tendria el título inextinguible de haber sido fundador de la moderna Italia.

Mientras los sucesos europeos corrian de esta suerte, el Papa demostraba cada dia con mayor evidencia que la tiara de los Pontífices quedaba, segun hemos indicado otras veces, hecha triste escabel de las familias pontificias. Una ceremonia curiosísima se celebraba el 12 de junio de 1493 en la rotonda vaticana, dicha del Belvedere, desde la cual descúbrese en primer término los maravillosos jardines sombreados por los pintorescos pinos de Italia, y en todos los léjos del horizonte la sublime Roma cortada por montones de ruinas y ceñida con guirnaldas de funerarios cipreses. Casaba con un Esforza el Papa Alejandro á su hija única, Lucrecia Borgia, de apuesta figura, de vivos ojos valencianos, de rubia cabellera, que semejaba á la luz, bien impropia de las sombras que ennegrecian á toda su proterva familia. Obispos, cardenales, embajadores de Francia, de Milan y de Venecia, magistrados de Roma, caballeros de todas procedencias asistian á la fiesta, cual si de un príncipe laico se tratase. Ciento cincuenta gentiles hombres acompañados de sus respectivas señoras ostentaban vestiduras, preseas, joyas, de una riqueza tal, como jamás las viera el Imperio romano en sus épocas de mayor corrupcion y de mayor lujo. Los pajes, vestidos de tal suerte que deslumbraban, iban repartiendo entre las hermosas damas segun su categoría copas de oro y plata por maravillosos artistas cinceladas y llenas de riquísimos confites. Sentábanse indistintamente los príncipes de la Iglesia con sus trajes de púrpura, con sus cruces, con sus insignias religiosas, al lado de las princesas de la tierra mundanamente vestidas, como si hubieran vuelto los dioses paganos y las fiestas sensuales del paganismo. Comedias bien poco recatadas, églogas en que la antigua teogonía resucitaba, espectáculos mas que profanos celebrábanse allí en el palacio de quien se llamaba sucesor legítimo del humilde Jesucristo é intérprete de su santa doctrina sobre la tierra. Concluidas las ceremonias, las comedias, las danzas; el Papa, que durante todas ellas habia requerido de amores con grande escándalo, á la bella Julia Farnesio, su concubina de aquellos dias, condujo á los novios á su habitacion y los bendijo

con sus voluptuosas bendiciones. Si Gregorio VII, que tan alto colocara el nombre y la autoridad de los Pontífices romanos y que con tanto empeño exigiera el celibato á los eclesiásticos para que se desasieran de los lazos que mas dulcemente unen al hombre con la tierra y que mas hermocean la vida, levantara en aquella sazón la cabeza y viera al jefe de la Iglesia, al representante de Dios en la tierra, al vicario de Cristo, al ministro de las ideas espiritualistas que el género humano ha menester para existir casi tanto como el aire respirable, al sumo sacerdote de nuestra religion rodeado de concubinas, enardecido por toda suerte de placeres, acariciado por música voluptuosa, por encendidos bailes, por báquicas canciones, imaginara los jardines del Vaticano devueltos á sus antiguos usos y Neron resucitado y ceñido de tiara tañendo la cítara, encenagándose en la orgía, cayendo sin religion y sin moral y sin Dios en todos los vicios que mas sublevan la conciencia y mas repugnan al estómago.

Se necesita leer los documentos del tiempo para persuadirse con los propios ojos de la corrupcion del Pontificado. Infessura, Matarazzo, Sanazzaro y otros muchos escritores contemporáneos narran los escándalos verdaderos, que creeriais inverosímiles, en la distribucion de prebendas, beneficios, episcopados, capelos. César Borgia, hijo de Alejandro VI, cardenal de Santa María Nova; Alejandro Farnesio, hermano de la concubina Julia, cardenal tambien; Cesarini, cortesano de Alejandro VI y pariente del Papa por Jerónima Borgia, su hija adulterina, cardenal tambien; Peral, francés, por amigo del Emperador Maximiliano, é Hipólito de Este, hijo del duque Hércules de Ferrara y de Leonor de Aragon, el cual apenas tenia doce años, y llenaba ya el mundo con la fama de su varonil hermosura, destinado á manchar el capelo con sus vicios y á immortalizar su propio nombre con la proteccion dispensada al inmortal Ariosto, cardenales todos, príncipes de la Iglesia católica, llamados por su alta dignidad á ejercer la magistratura pontificia, y debiendo su eleccion ¡ah!, no tanto á las inspiraciones del espíritu de Dios como á los apetitos de la carne de un hombre elevado al poder supremo para que lo saciase mejor en las alturas vertiginosas del mas espléndido trono que á la sazón tenia el Universo.

En agosto de 1494, cayó sobre Italia el castigo que demandaban todos